



## Muerto en vida

Lucía Ergui Rahona

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

1<sup>er</sup> Accésit

El sol sale, y comienza otro día más. Los tenues rayos se cuelan entre las rendijas de las persianas y me permiten comenzar a distinguir, una vez más, la habitación en la que me encuentro. Escucho un ruido leve. No pasan ni un minuto para cuando oigo la puerta del baño abrirse y cerrarse. Ya se ha levantado.

Aparece en mi habitación con cara soñolienta y su pijama favorito. Con un fuerte y ruidoso bostezo comienza a subir las persianas, tanto de mi habitación como del resto de la casa. Continuando con su rutina, le veo mirar una foto nuestra, un tanto antigua ya. Se queda observándola durante unos segundos antes de dirigirse a la cocina.

No puedo verla directamente, pero me gusta imaginarme cuál es su desayuno, cómo lo prepara. Puedo sentir la cafetera en marcha, el olor del café molido. Visualizo su expresión al darle el primer sorbo al líquido caliente en esta mañana de invierno.

Por suerte para mí, lo que hace a continuación es encender la calefacción, antes de ir a cambiarse. Mientras ella se prepara, yo voy entrando en calor, después de una noche especialmente fría. Como todos los días, observo la habitación, aunque después de tantos años la puedo ver en detalle hasta con los ojos cerrados.

Perdido en mis pensamientos, no me doy cuenta de cuándo entra en mi cuarto hasta que está justo enfrente de mí. Quiero decirle algo, pero sé que será inútil. Después de meses y meses de fracasos, es mejor dejar de intentarlo. Mira hacia donde yo me encuentro, pero parece ver más allá de mí. No me habla. Igual no se da cuenta de que estoy.



Quedan cinco minutos para que se tenga que ir a trabajar y, a partir de que ponga un pie fuera de la puerta, volverán a ser unas horas de soledad completa. Solo yo y mis pensamientos. Encerrado para siempre en esta casa, en esta habitación. Sin nada que hacer, porque he gastado todas mis ideas. Así que lo único que me queda es mi memoria, los recuerdos de toda una vida que terminó hace tiempo.

Solía pasar todo mi tiempo en el campo, rodeado de maleza, aves y otros tipos de animales... y de ella. Nos pasábamos todo el día juntos y, por la noche, dormíamos uno al lado del otro. Todos los días eran iguales, pero eran perfectos, era feliz. No podría haber pedido nada más.

Cuando venía gente de visita a casa, solía presumirme delante de todos, fuese quien fuese. Hablaba de mí con orgullo que impregnaba su voz y sus facciones. Solía decirme que estaba segura de que estaban celosos de que yo estuviese con ella. Pero para mí, siempre fue al revés. Era yo quien tenía suerte de tenerla a ella.

Y eso no ha cambiado, pero a la vez lo ha hecho radicalmente. Seguimos viviendo en la misma casa, pero desde aquel día ha dejado de mirarme. Por un tiempo estuve vagando por la casa, esperando poder volver al que un día fue, pero no ocurrió. Así que, ya cansado, me asenté en una esquina del salón de lo que solía llamar mi hogar. Ahora, sin embargo, pienso en él más como una prisión en la que estoy cautivo, preso para siempre, sin poder salir.

Desde ese momento también dejé de mirar por la ventana. No podía soportar verla marchar por la calle sin mí. Ni ver a toda esa gente caminar felices con sus seres queridos, como una vez hice yo. Pero las noches son peores. Cuando el frío invernal entra por las paredes de mi habitación no puedo evitar pensar en las veces que su compañía me mantenía caliente mientras tiritaba y tiemblo hasta que, una vez más, aparece el sol en el horizonte.

Oigo la puerta, y mis pensamientos se detienen en seco. Por fin ha vuelto. Por fin le puedo volver a ver. Toda la angustia que he ido generando parece disiparse cuando su larga melena aparece por el



marco de la puerta. Me emociono aun más cuando veo que se sienta en la mesa ubicada delante de mí. Quizá hoy es el día en que podamos volver a hablar. Mis emociones me desbordan y no puedo evitar soltar un suspiro de expectación.

Tan grande es que no puedo evitar caerme desde mi posición, apoyado en la pared, al suelo. Siento como da un respingo y se acerca a mí. Es el momento que tanto he estado esperando. Cuidadosamente me levanta del suelo y me mira. Pero esta vez de verdad. Me mira a mí. Y tanta es mi impresión que ni reacciono a su expresión, triste. Me lleva consigo, en sus brazos, cuando salimos por la puerta. Y todavía me mantiene cuando cruzamos a la acera de enfrente.

De repente, todo está oscuro. La luz de la tarde a desaparecido por completo, al igual que el tacto de sus manos. Oigo sus pasos, alejándose, fundiéndose con el bullicio de la gente y los coches. Y es en ese preciso momento en el que comprendo todo; dónde estoy, qué acaba de ocurrir. Su cara entristecida, la velocidad de sus pasos al salir de casa, la oscuridad, el abandono de su roce.

Así es como verdaderamente acaba mi vida. El final definitivo. Solo. Alejado de ella. Abandonado por ella, más bien, en un contenedor de basura. Tanto tiempo pasamos juntos y no ha servido para nada. Yo acabaré en el vertedero y ella olvidándose al pintar otros cuadros que estén en mejor estado que yo.

No es como me esperaba el final de su primer cuadro.

